

# Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

## Dimensión horizontal y vertical de la vida

Las dos grandes dimensiones en la vida de Jesús. La dimensión horizontal: ayudar a los hombres en su miseria. Y la dimensión vertical: estar unido con el Padre por medio de la oración.

Todos sabemos que el Evangelio está lleno de sus pruebas de amor de Jesús hacia sus hermanos, los hombres. Siempre tiene tiempo para ellos. A todos los acoge con un corazón abierto. Nunca niega su ayuda a los que tienen confianza en Él. Y sus predilectos son los enfermos, los necesitados, los marginados. Realmente, Cristo colma a los hombres con su amor, sus beneficios, sus milagros.

Pero muchos no lo buscan por Mesías, sino por milagrero. Lo buscan para su provecho personal; esperan de Él satisfacción de sus necesidades inmediatas. Y por eso, muchos quedan en la admiración de Él y no pasan al seguimiento.

Pero, ¿no es ésta, muchas veces, también nuestra propia actitud frente a Dios? ¿No procuramos experimentar el poder de Dios, sobre todo en provecho de nuestros intereses personales? Pero cuando se trata de seguirle al Señor, ¿no buscamos frecuentemente escapatorias para evitar sus exigencias desagradables?

En el Evangelio, cuando Jesús ve que lo malentienden, se retira y se marcha de un lugar. *“Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido”*, porque la Buena Nueva que Él ha de anunciar, es mucho más profunda que la curación de cuerpos y la expulsión de demonios. Él ha de salvar las almas, salvarlas del poder del pecado, del egoísmo y de todos los vicios.

Esta salvación del hombre, Cristo la realiza en íntima unión y vinculación con Dios-Padre. Es la segunda dimensión de su vida, la dimensión vertical.

*“Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar”*. Y orar para Él es comunicarse con su Padre. Muchas veces, en el Evangelio, encontramos este hecho de que Jesús se retira para orar. No es una huida, sino una re-concentración en su misión verdadera, junto al Padre.

Si nuestro seguimiento de Cristo es auténtico, tiene que darse en estas mismas dos dimensiones: el compromiso con los hermanos y la unión con Dios.

Por eso, un padre de la Iglesia dice que la vida del cristiano auténtico se representa en la cruz. El madero horizontal simboliza el amor hacia los demás; el madero vertical simboliza el amor hacia Dios.

¿En qué consiste, entonces, la novedad que Jesús? Lo nuevo es que Cristo ha unido inseparablemente a estos dos mandamientos: El amor verdadero a Dios es un amor verdadero al hombre. Y todo amor auténtico al hombre es un amor auténtico a Dios.

La oración, el culto, el servicio a Dios no tienen ningún valor si no expresan y alimentan una caridad auténtica, es decir, un servicio práctico y directo al hombre. El signo en que se reconocerá que somos discípulos de Cristo es que amamos a nuestros hermanos.

Hoy en día, se acentúa mucho nuestra responsabilidad para con los hombres, nuestros hermanos. Se descubre más y más que el camino hacia Dios va a través del prójimo. Pero no caigamos ahora en el extremo de buscarlo a Dios solamente en la fraternidad con los hombres.

Cuanto más queremos comunicarnos con los hombres, tanto más debemos estar en comunión con Dios. Y cuanto más queremos acercarnos a Dios, tanto más debemos estar cerca de los hombres.

En la Eucaristía, se cruzan estas dos líneas de nuestra vida. Unidos como comunidad de hermanos nos encontramos con Dios.